

le denunció ante el Santo Tribunal de Zaragoza, iniciándose un proceso que tardaría dos años en resolverse, esta vez, afortunadamente, a favor del defensor de las libertades ⁶⁴. No obstante, el terreno no estaba definitivamente allanado ni la inquisición vencida, como demuestra el fracasado intento de otro aragonés, Antonio Arteta de Monteseuro, de publicar un *Tratado político-moral sobre el lujo*, en 1788, cuyo contenido desconocemos ⁶⁵.

Ese mismo año, aparecerá el libro de Sempere, publicado, además, por la Imprenta Real. ¿Por qué lo consigue Sempere, recibiendo por añadidura la recompensa prometida, con el sustancioso nombramiento de fiscal civil en la Chancillería de Granada, el tercer más importante tribunal del país? Ya lo hemos apuntado más arriba. No nos interesa entrar en espinosas cuestiones relativas a la persecución de merecimientos y honores, práctica, por otro lado, habitual en la época. Que Sempere tenía buenas relaciones con los hombres más representativos del poder ilustrado, es evidente, de igual manera que espera ver recompensada su vocación patriótica. Sin embargo, daremos el dato que él mismo nos proporciona más tarde en su exigua autobiografía, según el cual consiguió «su promoción... sin consulta de la Cámara y sin las bajezas a que se veían entonces forzados muy comúnmente los pretendientes de togas» ⁶⁶.

Hemos de pensar, según se irá demostrando, que la garantía la consiguió el propio contenido de la *Historia del lujo*, escrita en tonos mesurados, pero con el convincente método de la historia —crítica y exhaustivamente documentada— nacional.

La historia del lujo como historia económica y social

Si nos situamos en el terreno propio de la historia crítica moderna, esto es, el del análisis y descripción del pasado según documentos fidedignos y con la intención, además, de entender con ello el presente, resulta que la *Historia del lujo* entra por derecho en este terreno, en ese «historicismo de relevante significación» de que habla Maravall ⁶⁷. La importancia de la historia crítica y objetiva no es para Sempere algo secundario, sino todo lo contrario, es el mejor instrumento para conocer el pasado según tal fue y, con ello, a través de la linealidad causal de los acontecimientos, explicar mejor —correctamente— el presente. De esta manera, la historia cumple su primera función ilustrada, que es doble: expresión de la verdad y martillo de fábulas, leyendas, falsos cronicones, etc., que inundaban España: «Una ligera ojeada sobre la constitución de aquel Estado en aquellos tiempos nos hará conocer el carácter y costumbres de la nación, más bien que las estudiadas descripciones de los poetas y de otros que han atendido más al entusiasmo de su imaginación que a la verdad de la historia» ⁶⁸. Sempere no hace más que seguir los pasos de los antecesores que sentaron

⁶⁴ Los papeles del proceso pueden verse en la Bib. Nal., R/35350.

⁶⁵ Elorza, *La ideología liberal en la ilustración española*, Madrid, 1970, pág. 60.

⁶⁶ *Noticias literarias*, cit., págs. 6 y 35.

⁶⁷ *Mentalidad burguesa*, cit. págs. 250-254.

⁶⁸ *Historia del lujo*, I, pág. 49.

las bases de la historia crítica, como muestra él mismo en la extensa bibliografía que cita, desde Mariana a su contemporáneo Masdeu, sin olvidarse de los Mohedano, Mondéjar, Ferreras, Sandoval, Zurita, Ripamonti, etc., a los que hemos de añadir otros que influyeron no poco en su concepción histórica, como Feijoo y, sobre todo, Gregorio Mayans y Jovellanos ⁶⁹. De los extranjeros, Sempere admira, sobre todo, la *Historia de Inglaterra*, de David Hume, modelo para aquél de historia civil o social. Después de todo, Hume, junto con Voltaire, es el más importante impulsor y artífice de la historia social crítica durante el siglo XVIII. A Voltaire no lo menciona Sempere para nada, aunque es seguro que conocía sus obras, profusa y clandestinamente distribuidas en todos los ambientes ilustrados. Pero, aparte las preocupaciones propias por la censura, hay que anotar que el carácter de Sempere se ajustaba más al escéptico de Hume que al virulento y anticlerical de Voltaire. De todos modos, el valor que todos ellos dan a la historia como fuente de conocimientos objetivos, como maestra de la verdad y como arma contra los prejuicios y la superstición, es idéntico. La historia llega a ser tan importante que, suplantando a la filosofía y la psicología, nos descubre como un espejo los recovecos del alma, los verdaderos e inmutables impulsos del comportamiento de los hombres, que únicamente la ley y, mejor aún, la educación, pueden canalizar y corregir. Hasta ese punto piensa Sempere en una clara asimilación del antropologismo de Maquiavelo y de la escuela psicologista inglesa que une a Hobbes con Hume: «Quien lee la historia con reflexión, encuentra que en todos tiempos han sido los hombres generalmente malos, injustos, destemplados, inmodestos; que su propia conveniencia ha sido el ídolo a quien han sacrificado sus afanes; y que los justos y virtuosos siempre han sido muy pocos, comparados con el resto de los demás» ⁷⁰. La única salida a este recordatorio pesimista de la historia es la acción reformadora —legal y pedagógica— de particulares y Gobierno: «... siendo los hombres naturalmente propensos al mal, siempre serán malos y viciosos cuando la educación no los acostumbre a vivir bien; y esto nunca se conseguirá mientras el Gobierno no combine sus fuerzas y sus inclinaciones de modo que todos se ocupen útilmente, y puedan lograr con facilidad los tres principales objetos de las sociedades, esto es, la subsistencia, la seguridad y la comodidad» ⁷¹.

Con tales presupuestos resulta evidente que emprendiera el análisis del lujo bajo la forma de la historia económica que, según él, estaba por hacer en España: «Aunque hemos tenido excelentes economistas, que han conocido bien los defectos de la administración pública de sus tiempos respectivos, ninguno ha extendido sus miras de propósito a los pasados. Y así tenemos incompleta y defectuosa la parte de nuestra historia civil que más nos interesa» ⁷². La autocensura que lleva a cabo seguidamente sobre sus pretensiones de historiador social, no limitan el convencimiento de la «novedad» de sus aportaciones a lo que también llama «historia general» ⁷³. Así, aparte

⁶⁹ La influencia de ambos puede rastrearse ya en el *Ensayo de una Biblioteca*, cit., III, pág. 131 ss., y IV, pág. 14 ss.

⁷⁰ *Historia del lujo*, II, pág. 179.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 113.

⁷² *Ibid.*, I, págs. 18-19.

⁷³ *Ibid.*

del convencimiento de lo decisivo, de lo económico y lo social como datos primordiales de la historia, enfoca Sempere su trabajo como un «estudio de procesos... que él —el historiador—, tiene que desenvolver desde el pasado hacia el presente»⁷⁴, en este caso, del proceso de producción y consumo de bienes lujosos a lo largo de la historia de España, desde la dominación romana hasta el reinado de Carlos III, en que escribe. Porque, si se hace historia para comprender y en gran medida justificar la filiación del presente, precisamente Sempere realiza el estudio de los procesos del lujo para justificar este fenómeno, esto es, para aceptarlo como inherente a la historia misma, es decir, a la humana condición, en la medida en que ésta es el sujeto y objeto principal de aquélla. Si, además, se parte de la creencia de que la historia humana se desenvuelve en gradual mejoramiento de las formas de vida colectiva, de la cultura, de las relaciones económicas, etc., y que todo ello funciona sometido a una regulación susceptible de ser aprehendida racionalmente, nos encontramos con que la historia es el vehículo del progreso o, como más humildemente enunciaban los ilustrados, de los «progresos humanos». Sin embargo, resulta difícil situar a Sempere entre los incondicionales optimistas de un progreso limitado y sin fisuras, a lo Bayle, Saint-Pierre, Turgot o Condorcet. Es preciso matizar y tener en cuenta, por un lado, el carácter escéptico y prudente de nuestro ilustrado; por otro, la indudable influencia de su educación católica, escolástica y barroca que, aunque autocriticada en múltiples ocasiones, no dejaría de operar de manera residual y subconsciente; por otro, la influencia de pensadores como Maquiavelo, Hobbes, Montesquieu, Hume, A. Smith, quizá Rousseau, más escépticos que progresistas o, al menos, sólo parcialmente progresistas; finalmente, las propias enseñanzas de la historia, ya apuntadas, a cuyos arcanos asoma constantemente su atención. En realidad, deberíamos decir que estamos ante un progresista cíclico, pero progresista a fin de cuentas, optimista cuando se trata de avances en relaciones económicas, en educación (o en sus posibilidades, que es lo mismo), en legislación, en desarrollo político, en comunicaciones culturales, en general, y pesimista cuando se trata de la condición humana básica o «natural». Así, descubriendo que no «faltan pruebas para demostrar que no obstante que las costumbres de los primeros siglos de nuestra Monarquía estuvieron sumamente relajadas; que la tiranía y la fuerza hacían gemir a la humanidad; que el poder ofuscaba los esfuerzos de la razón; que había más sediciones, asesinatos y alevosías, vicios que no deben disculparse ni disimularse para ponderar otras virtudes de aquellos tiempos; no obstante todo ello, nuestra edad abunda de otros muchos males: males tanto más sensibles y lamentables cuando dimanen de la naturaleza misma de nuestra constitución civil y que no pueden remediarse si no es haciendo en ella una gran reforma. Esta es la única ventaja que tenemos sobre los antiguos y la única disculpa que podemos alegar. Somos malos; pero las raíces de nuestra corrupción actual no las hemos puesto nosotros enteramente: provienen en mucha parte de nuestros mayores»⁷⁵. Lo que no le impide una sombra de nostalgia arquetípica cuando echa de

⁷⁴ Maravall, *La historia de las mentalidades como historia social*, en Actas de la II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Universidad de Extremadura, 1983, pág. 399 ss.

⁷⁵ *Historia del lujo*, II, págs. 181-182.